

APOLO

AÑO IV

Número 30

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - DE PÉREZ Y CURIS - - -

MONTEVIDEO 20

AGOSTO DE 1909 20

ASUNTOS :

Balada de las Pupilas	Pérez y Curis
Hamlet	F. A. de Icaza
El Poema del Desierto.	F. Villaspesa
La Representación de Fedra	Vargas Vila
Hasta que al fin	Fernández Ríos
Croquis	Rubén Darío
Artistas de América	A. de Carricarte
Leyenda del Dr. Exquisito	A. del Hebrón
De la Vida (El Suicidio)	F. R. Morcuende
My Muse	J. Mendilaharsu
Emerita Esparza	Luis Morote
Es cosa que se ve	Vicente Medina
Tus Heliotropos.	Pérez y Curis
Toda una Primavera.	Vicente Medina
Penumbras.	José Viaña
Ananké	Vicens Thievent
Las Brujas de las Aguas	E. de Mesa
Rara avis in terris.	B. Silva Serrano
Ruego	A. Lasplaces
La Mesa del Suicidio	Araújo Villagrán
Andalucía	Sánchez Aranda
Bibliográficas	La Redacción
Breviario Epistolar	Pérez y Curis

GRABADOS : Marco Tobón Mejía, Julio Raúl Mendilaharsu, Minerva Pérez Maggi, Nydita González del Solar, Joaquín Antonio López, Paisaje, F. García Godoy.



— OFICINA DEL COMERCIO —
169 - SARANDI - 169

— Teléfono: LA URUGUAYA, 699
ENRIQUE BRUSCO Y PAULINO BAGNATI

PERITOS MERCANTILES

JULIO R. MARTÍNEZ (Corredor)

OBRAS DE AUTORES URUGUAYOS

Ovidio Fernández Ríos

Por los Jardines del Alma
(*Poesías*)

0.50 el ejemplar

Pérez y Curis

Rosa ígnea
(*Cuentos*) 2.^a edición

0.25 el ejemplar

Santos García Mallarini

Apóstoles Rebeldes

0.30 el ejemplar

Guía

Qvo Vadis?

0.10 el ejemplar

M. Medina Betancort

Cuentos al Corazón

0.40 el ejemplar

Pérez y Curis

Heliotropos

0.40 el ejemplar

Andrés T. Gomensoro

Rumbo al Sol

0.40 el ejemplar

Ismael Cortinas

El Credo

0.25 el ejemplar

PÉREZ Y CURIS

Alma de Idilio y Rimas Sentimentales

Edición de lujo : 0.50 el ejemplar

HELIOTROPOS

Segunda edición : 0.40 el ejemplar



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV

Montevideo, Agosto de 1909

N.º 30

Balada de las Pupilas

— 67.580

Me fuí con mi tristeza magna y gloriosa
Rememorando el nimbo de tus pupilas,
Encanto que semeja las intranquilas
Elegancias de un vuelo de mariposa.

Un hálito enervante de tuberosa,
Como sutilizado por suaves lilas,
Perduraba en mi boca donde tú exilas
A tus labios que sufren la dolorosa
Y espiritual inedia de tus pupilas.

Luego olvidé (no llores) las baladas
Ungidas de pureza
De tus pupilas aterciopeladas.

¿Por qué?

Porque un tañido de áureas esquilas
Desfloró mi tristeza
Y con ella el encanto de tus pupilas.

PÉREZ Y CURIS.

(Inédita)

Hamlet

Alma triste y taciturna
Que no supiste de amor,
Y guardaste odio y rencor
Como reliquias en urna :
¡ Yo comprendo tu dolor,
Alma triste y taciturna !

¡ Qué poco saben sondar
El alma humana, qué poco
Los que imaginan de loco
Tu inflexible razonar !
De las sirtes de ese mar
¡ Qué poco saben, qué poco !

Esos que se juzgan cuerdos,
No podrán nunca tejer
Con urdimbre de recuerdos
Toda una historia de ayer.
No te pueden comprender
Esos que se juzgan cuerdos.

Cuando el arcano interrogas
Sobre el nacer y el morir,
Y una voz piensas oír
Si con la sombra dialogas,

¡ Loco !, les oigo decir
Cuando el arcano interrogas.

¿ Por qué ? ¡ Lo saben acaso !
No se pueden explicar
Que, nostálgico de amar,
Te salga la dicha al paso,
Y tú la dejes pasar . . .
¿ Por qué ? ¡ Lo saben acaso !

En la noche de la duda
Jamás quisieron romper
La tiniebla para ver
La verdad clara y desnuda,
Y hacerla resplandecer
En la noche de la duda.

¡ Príncipe de Dinamarca,
Cuán tremendo es tu dolor ;
Gloria, juventud y amor
Hundes en sangrienta charca ! . . .
¡ Justiciero vengador,
Príncipe de Dinamarca !

Francisco A. de ICAZA.

El Poema del Desierto

Para Arturo R. de Carricarte.

I

Iba muerto de sed. La tarde huía
en su corcel de fuego hacia el Poniente
cuando te ví cantar. Tu voz tenía
un trémulo frescor de agua corriente.

Desgreñada palmera proyectaba
la sombra azul de sus ramajes, sobre
el brocal donde, lenta, se llenaba
de agua y de luz el ánfora de cobre.

En tus crespos cabellos fenecía
la ilusión del crepúsculo escarlata
en un temblor agónico y cobarde
Y en el fondo del pozo se veía
brillar, como una lágrima de plata,
el lírico lucero de la tarde.

II

— Calma la ardiente sed que me sofoca !—
te dije arrodillado y balbuciente . . .
Y acercando tu ánfora á mi boca
me diste de beber patriarcalmente.
Y te fuiste . . . En tus rizos se extinguía
la última llamarada del Poniente . . .

Cantabas al partir . . . Tu voz huía
con un claro frescor de agua corriente.
Y no te he vuelto á ver . . . ¿ En qué camino
ofrecerás tu agua al peregrino ?
De mi labio febril la sed saciaste . . .

Mas ahora ; ¿ en el brocal de qué cisterna
conseguiré saciar esta ansia eterna
que en el fondo del alma me dejaste ?

III

En la paz del desierto solitario
bajo la asfixia y el dolor me pierdo,
sin más amigo que mi dromedario
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

¡ Podrá saciar la sed del labio ardiente
alguna virgen bajo nueva palma,
mas nadie apagará la sed que siente
el alma, peregrina de tu alma !

El eco de tu voz suena en mi oído
mucho más dulce cuanto más perdido . . .
Y lento y melancólico me pierdo
en la paz del desierto solitario,
sin más amigo que mi dromedario
y sin otra ilusión que tu recuerdo

FRANCISCO VILLAESPESA.

La Representación de "Fedra"

El talento, puede tener críticos; el Genio, no tiene sino adversarios; ¿recordáis aquellas tempestades de cóleras que el teatro romántico de Hugo, despertó en 1830?

¿no os parece ver aún, prendido á las piernas del Coloso, á ese Cuasimodo de la Envidia, á ese mimo de la mediocridad que era Saint-Beuve, empuñado en estorbar con sus brazos la marcha victoriosa del León?

nada iguala al horror que por la grandeza, sienten las multitudes, y, los espíritus inconsolables de todos los fracasados que las guían;

¿quién igual á aquel creador de Belleza, aquel gran Evocador del Alma antigua, aquel Supremo Exaltador de la Vida, cada uno de cuyos gestos, es un ritmo de Meditación y de Armonía, y, cada una de cuyas palabras, llenas de la innumerable y profunda significación de los grandes Símbolos, y, palpitante de las cosas inexprasables é irrevelables del espíritu, pasa por esta edad rencorosa y estéril, como el último soplo de la grandeza antigua, trayendo intactos y frescos hasta nosotros, las innumerales palpitaciones del alma belénica, llena de la extraordinaria sublimidad de sus creaciones? ¿quién igual al Imaginífico, al Supremo Artífice, al Poeta d'Annunzio?

del Genio, no se cuentan las victorias, sino los fracasos;

Genio que triunfa, es Genio que muere;

d'Annunzio ha fracasado por la centésima vez: ha fracasado con su tragedia *Fedra*;

no os dejéis deslumbrar por los triunfos ficticios de la «Nave» que apenas interrumpen la derrota estuendosa de «Más allá del Amor»;

d'Annunzio, no ha triunfado sino con la «Figlia de Yorio»; ¿por qué? porque es una obra menos que mediocre: esa tragedia rústica, tocando el fondo del alma nacional, despertó el aplauso!... ¡triste aplauso, que más ultraja al Genio que lo salva!...

el teatro de hoy, no es un Arte, es un negocio; no son los artistas, son los mercaderes, los que triunfan;

¿no lo veis en ese bazar de adulterios que es el teatro francés?

todo teatro, es literatura para porteros;

entregar vuestro pensamiento y vuestro corazón al populacho, hacerlo juez de vuestra obra; ¿no es esa la más cobarde humillación á que la sed del oro, pueda llevar á un hombre que se siente artista?

vuestro ayuda de cámara, será juez, y, tendrá el derecho de silbaros é aplaudiros en el teatro... ¡qué abdicación!...

quien escribe para el teatro, no ha amado nunca la Gloria;

el teatro, no da sino la popularidad; y, la popularidad, es la gloria de los toreros; gloria de género chico;

en el teatro, pueden triunfar los hombres de talento; no triunfan nunca los hombres de genio;

Maeterlinck ¿ha triunfado en Francia? ¿triunfaría Valle-Inclán, en España?

¿triunfó Benavente, mientras fué el Artista aislado y, selecto, produciendo sus obras maestras, incapaz de ninguna concesión á la vulgaridad?

no;

fué cuando renunciando á levantar el público hasta él, resolvió descender él, hasta el público, y, puso sus obras, al nivel de la claqué, que aquel que era gran dramaturgo, se hizo un comediógrafo aplaudido; fué dejando de ser genial, que se hizo popular;

cada vez que un Genio, sufre un fracaso en el Teatro, yo, aplaudo;

¿por qué?

porque el fracaso es el justo castigo á la abdicación del Genio;

un Genio, que no tiene el valor de ser impopular, no es un Genio completo;

en arte, en literatura, y aun en política, la impopularidad es la atmósfera natural al Genio;

todo hombre superior, es, y debe ser un aislado; debe entregar su obra al odio de sus contemporáneos, nunca á su aplauso;

el hombre que busca en cualquiera forma el amor ó el aplauso de sus contemporáneos, podrá ser un buen hombre, no será nunca un grande hombre;

sólo el odio y la soledad consagran;

el triunfo, es el lote y el consuelo de los mediocres...; disputárselo, es igualarse á ellos;

ver fracasar á d'Annunzio en el teatro, es, un gran consuelo;

eso prueba que el Gran Poeta, hace aún Obras Maestras; y que el Genio no ha muerto en él;

bendigamos á los porteros, á los taberneros, á los tenderos, á los propietarios, á los renteros, á todos los gremios respetables de la burguesía, que no han aplaudido á *Fedra*: ellos la han salvado; merced á ellos, podemos decir que aun tenemos una Obra de Arte.

Pargaskila

Hasta que al fin...

Decirle toda mi pasión sincera
Nunca el valor de mi palabra pudo;
La impotencia vencíame. Y fui mudo
Cuantas veces pasó junto á mi vera.

¡Oh señor!, murmuraba, ¡haz que me quiera,
Que á decirle mi amor no llegue tarde!
Y al llorar, comprendiéndome cobarde,
El corazón me consolaba: ¡espera!

Siempre al querer decir que la quería
Y postrarme á sus pies como tributo,
Sin conocer la causa, enmudecía.

Hasta que al fin pasó, que en un minuto
De silencio, con sólo una mirada
Le dije todo sin decirle nada!

OVIDIO FERNÁNDEZ RIOS.

Croquis

Hay allá en las orillas de la laguna de la tierra tropical, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde en el agua que refleja el cielo y los ramajes como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí escuché una tarde, cuando del sol quedaba apenas un tinte violeta que se esfumaba por las hondas, y sobre el gran volcán un decreciente color de rosa, que era como una tímida caricia de la luz enamorada, un rumor de besos cerca del tronco y un afecto en la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco rústico, bajo el toldo del sauce. Al frente se extendía la laguna tranquila, con su tropa de barcas y los árboles temblorosos de la ribera, y más allá se alzaba entre el verdor de las hojas, la fachada del pintoresco chalet.

La dama es hermosísima: él, un gentil muchacho que la acariciaba con los dedos y los labios, los cabellos negros y las manos glaucas de ninfa.

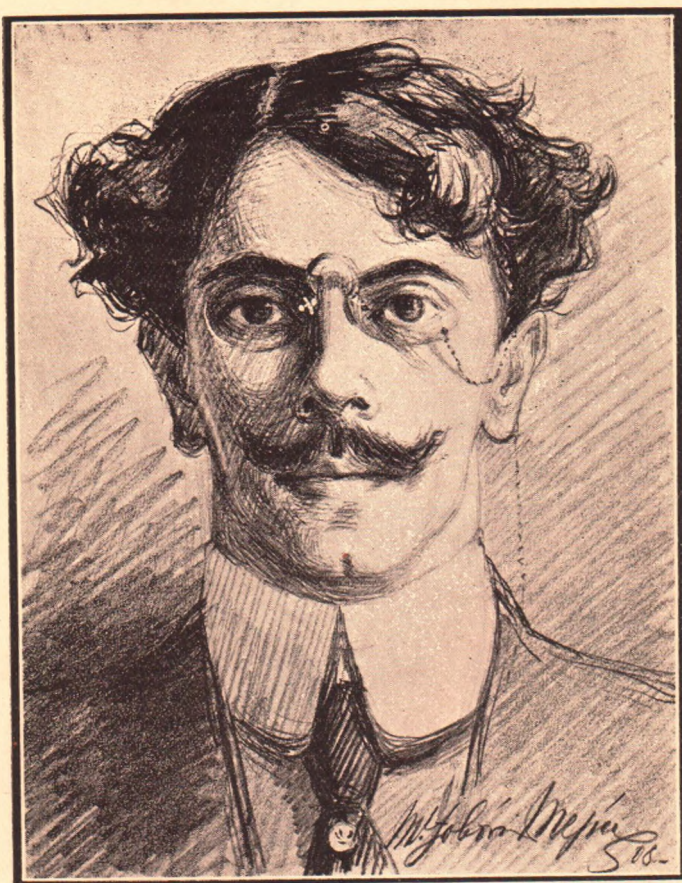
Y sobre las dos almas ardientes, y sobre los dos cuerpos juntos, cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes; plumas de oro, alas de fuego, vallones de púrpura; fondos azules flordelizados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberanía de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban como en un remolino de sangre viva los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado, y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes: él moreno, gallardo y vigoroso, con una barba fina y sedosa, de esas que gustan de tocar las mujeres; ella, rubia — ¡un verso de Goethe! — vestida con traje gris lustroso y en el pecho una rosa fresca, como su boca rosa que pedía el beso.

RUBEN DARIO.

Marco Tobón Mejía



Artistas de América

Para Apolo.

Cuando el resonante triunfo de Tobón Mejía en los Juegos Florales del Ateneo de la Habana, en 1908, Pichardo quiso publicar en *El Figaro* el retrato de Tobón, me encomendó á mí un estudio de la obra del laureado artista colombiano. Jamás mi pluma trazó silueta alguna con mayor alborozo, porque no se

trataba solamente de rendir pleitesía al talento excepcional del autor de la «*Rêverie*», un lienzo magnífico que hoy posee el doctor Raimundo Cabrera, sino además de eso dar fe del valer personal, del valer moral, de la caballerosidad sin tacha de Tobón, uno de los hombres más generosos, más hidalgos y más

dignos que he hallado á mi paso por el mundo.

No conservo el ejemplar de *El Figaro* en que apareció mi artículo, ni recuerdo tampoco lo que allí dije; no importa, la personalidad de Tobón es permanente, su mérito tan subido en el terreno del arte que se puede improvisar sobre él sin reparos en la plena certeza de que ningún elogio será desmesurado ni ninguna alabanza inmerecida.

Actualmente se encuentra en París, este artista trashumante que siente la nostalgia, cada día, de un horizonte nuevo y de nuevas perspectivas. Pero en Cuba dejó imborrable estela de admiración y de cariño. En París, puedo afirmarlo, se hará notar. Lo que vale en todas partes vale.

Y he aquí, ahora, porque enlazo la personalidad del artista con los méritos del « hombre »: muy pocas veces me ha sido dado hallar aunadas las cualidades de la hidalguía mental y la hidalguía de sentimientos y en Tobón Mejía se hermanan ambas de tal suerte que parecen compenetrarse y confundirse. Y sobre esto una modestia insuperable, la vocación más ardiente y el entusiasmo más grande por su arte.

En estas páginas aparece un « autorretrato » del artista; la seguridad del trazo, la soltura de los rasgos permiten apreciar en tan ligera obra las aptitudes de Tobón. Pero no es el retrato su especialidad; hijo de Colombia, de la gentil Antioquía de « erguida cerviz » hay un sello de melancolía nacional en sus producciones, las figuras en sus lienzos se alargan, las perspectivas se alejan y del colorido tenue y

dulce trasciende la tristeza ingenua de Tobón, su anhelo insaciable de algo que no puede precisar y que, sin embargo le hostiga, le hostiga siempre...

Pintor por temperamento, maneja, empero, con singular maestría los palillos de moldear y sus « yesos » son notables. Conozco varios retratos suyos, atrevidos relieves de una valentía grande y de un parecido insuperable: entre otros uno de Julio Flórez, uno de Pichardo y otro mío.

Son trabajos de alientos, hechos con « amore », y que aunque no tuvieron nunca por objeto la publicidad han sido reproducidos muchas veces en revistas de Cuba, de Colombia y de México.

En estos días debe haber sido comisionado por el Gobierno de Colombia para hacer grabar en París las medallas del Centenario de la Independencia de aquella hermana República; el trabajo de Tobón, que conozco, es una alegoría de una sencillez exquisita, viril al par que suave, de armonía perfecta y cuyo significado resulta perceptible sin convencionalismos amanerados. Quien sabe si pronto pueda dar á conocer ese nuevo trabajo de Tobón en estas páginas hospitalarias.

He de hacer punto; las líneas que preceden no son ni por sueño un juicio ó un estudio, silueta á medias bosquejada de una gran alma y de un gran corazón. Sobre todo, testimonio de una admiración y de un cariño perseverantes, al través del tiempo y al través de la distancia.

Cariño y admiración nunca mejor puestos ni más justificados que esos que él me inspira.

ARTURO R. DE CARRICARTE.

La Leyenda del Doctor Exquisito ⁽¹⁾

Para APOLO.

La locura cundía. La neurastenia lírica comenzó á hacer estragos en la masa. A cada hora la fiebre de los intoxicados ascendía...

El fanal alucinante del *Quartier Latin*, sugestionaba con la maravilla de sus irisaciones los espíritus ávidos del laurel apolíneo.

Los iniciados artífices semejabán libélulas enloquecidas, girando pérdida-mente en torno de ese fanal maravilloso de la literatura.

Ya sólo se aceptaba lo que venía de Francia. Y olvidando la inmortal obra de belleza que la lengua madre estaba destinada á perpetuar, aducían gestos despectivos ante los fueros gramaticales del idioma, queriendo constreñirlo á la sintaxis gala.

Ese renunciamiento al propio origen, ese desprecio de la propia tradición, detúvose felizmente á punto en que ya iba á negarse el mismo nombre de Don Miguel Cervantes, porque escribió su obra en español...

Era así como el estro americano, noble heredero del clasicismo ibérico, declarábase hijo espúreo de un abolengo, entre cuyos mayores sonreía, la serena perfección del ilustre Quevedo...

Fué esa generación intoxicada por las drogas sutiles de Rubén la que negó al idioma castellano, al poderoso genio de la raza y á la gloria del siglo de Calderón.

Fué esa generación intoxicada la que hoy ofrece á través del criterio contemporáneo, la visión de una serie de marionetes, cuyos hilos manejaban delicuescencias veleidosas del Bulevar.

Esa generación que, enervada en las orgías decadentes, sin energía viril para amar lo fuerte y lo puro, sólo supo gustar las emotividades enfermizas del reblandecimiento...

Esa generación, sugestionada puerilmente que, como florecencia de invernáculo, brotó en dulce tibieza, guardada por cristales de los vientos salvajes del continente virgen...; flora de fiebre y de ilusión que una vez falta de vitrinas, decoloró la luz solar y el aire marchitó hasta convertirla en polvo, que llevaron las brisas...

Después... el mal pasó.

Fuéronse, lentamente disipando los vapores de azufre que viciaban el aire y nublaban el sol...

Huyeron con la neblina los delirios mórbidos que engendraban fantasmas perturbadores...

Y... cuando la crisis fué pasada, vióse que el mal había sido benéfico.

Las fiebres que no matan un organismo, lo regeneran.

Por eso la india América, hallóse luego que despertó de aquel delirio, más pujante y más joven, con más electricidades en la médula, con más osadías en la voluntad, y en el cerebro una vasta germinación de pensamientos...

Como buena hija pródiga, volvió de nuevo á su paterno alcázar, en demanda de los perdidos privilegios.

(1) Véase nuestro número anterior

Ya no fué á mendigar migajas líricas a la mesa del banquete munífico de Francia...

Ya no fué París la lámpara en cuya lumbre, mariposa inconsciente, se quemaba las alas.

Porque, después de haber gozado el múltiple panorama del mundo, vió que las tierras extendidas al pie del Aconcagua, entre los dos océanos, aguardaban aún, desde los siglos, el genio de los Conquistadores.

En tanto, el indio emprendía viaje á España.

La vieja leona, dormía casi exhausta á la sombra del árbol secular de sus pasadas glorias.

El numen oficiaba en los altares del clasicismo... El pasado se erguía dominador, absorbente... El último de los bardos al morir había colgado la lira, que se enmohecía... Tan sólo se escuchaba el bullanguero son del pianillo de manubrio del señor Núñez de Arce. El campo de la juventud estaba yermo...

El droguista elegante, el doctor homeópata del decadentismo, arribó al yermo hispánico, con su traje de antiguo prestidigitador, su varilla nigromántica, sus credenciales de taumaturgo y el botiquín de sus famosos tóxicos.

No bien llegado, abrió en la corte una gran casa y comenzó á expender venenos y perfumes.

Como la casa era de lujo y ofrecía novedades parisienses, rápidamente atrajo un público elegante...

Ya no fué sólo farmacéutico y perfumista su propietario indio: se hizo también modisto, acaparando así toda la importación francesa, de la cual fué único y exclusivo representante.

Su casa adquirió pronto fama.

Con el corte modernísimo de su modistería, logró cambiar en parte las rancias modas españolas algo pesadas por la línea ágil y espiritual del figurín francés...

Su nombre de malabarista cundió por la península, y acudieron á verle aristócratas y plebeyos...

Muchos, seducidos, quisieron imitar sus gestos, sin lograrlo del todo.

No obstante, su fortuna como droguista no cobraba los vuelos que él deseaba.

Los tóxicos no obtenían el efecto revolucionario que obtuvieran en Indias... La sangre hispánica era más resistente á la intoxicación.

Los nervios no eran tan susceptibles á la neurosis lírica...

Y luego, los buenos castellanos se resistían á beber ajeno. Y el ajeno era el gran elemento corroborante de sus tóxicos, algo así como el caldo reproductivo de los *bacillus* decadentes...

Además, en la Península, el culto hermético de la tradición revestía los caracteres de un imperativo categórico...

Madrid, era la sede de la inviolable ortodoxia académica... y en cada esquina, un gendarme de la Crítica, guardaba el orden preestablecido, por la tranquilidad beata de los vecinos...

La represión autoritaria por fuera, la adiposidad burguesa de los espíritus por dentro, neutralizaron casi los efectos perturbadores de las sutiles drogas.

Magüer, hubo algunos adolescentes graves, que, en silencio escucharon al taumaturgo, lleváronse los filtros á sus boharcas, meditativamente, bebieron y esperaron que el mal se produjera.

Nadie lo supo. El mal trocóse en bien.

Cuando llegó la primavera, el yermo desolado de la Iberia materna, cubrióse todo de una pomposa floración... En el árbol secular á cuya sombra, la leona dormía, ruiseñores vehementes melodizaron su inspiración sagrada.

Y no era ya una flora de invernáculo aquella. No eran orquídeas enfermas, nacidas en la tibieza artificial de los parques galantes de Verlaine...

Eran flores surgidas de la espontaneidad creadora de las savias, en las que el genio de la raza hispánica, exhalaba el íntimo perfume de sus sueños.

No eran aquellos ruiseñores, ruiseñores franceses; ni su canto era el eco de ajenos cantos magos.

Aquella melodía expresaba la angustia más recóndita de una generación nacida en el exilio.

Nadie sabía. Mas aquello era efecto de los venenos líricos de Rubén.

Sus pócimas habíanles producido á los adolescentes graves, un milagroso efecto purificante y tónico.

Había matado en ellos el casto serafín del respeto ortodoxo, y les habían infundido en su lugar, el demonio rebelde del individualismo estético...

Ellos agradecidos al doctor homeópata del decadentismo, le reconocieron públicamente como fautor primero del milagro.

En tanto, *él*, habíase ido á París...

Y en París ya todo era distinto. Rubén, con grande alarma, no pudo hallar la gruta de los gnomos... En los bazares no se vendían ya trajes de prestidigitador... El boulevard había cambiado de moda... Las drogas líricas vulgarizadas, falsificadas de una manera indigna se expendían ahora al menudeo, en todas las esquinas... Las personas elegantes no las compraban ya. El público no paraba atención en los malabaristas.

Entonces fué cuando el indio genial de Nicaragua, sintió la ausencia del papitante corazón... y en las venas el frío de aquel perfume raro...

Subíale á la garganta la náusea de ese perfume, y le ahogaba la angustia de ese vacío en el pecho.

Su fama de nigromante no lo consolaba de la pérdida de su sinceridad, porque, pasados los primeros años de la quimera, colmada ya la fiebre subyugadora, su vida necesitaba de aquel calor interno, de aquella brasa minúscula y sagrada, que los gnomos extrajeranle de lo íntimo de su entraña...

Era un día triste aquel. Una neblina pertinaz confundía todas las cosas, irritaba los nervios, provocaba el esplín y la melancolía. Hacía rato que el príncipe andaba por las calles, conducido, al azar, por ansia ambulatoria... Al cruzar el puente Nuevo, arrojó al Sena un cofre de oro que llevaba... En una tienda humilde, situada en un pasaje sombrío, compró un cirio... Entró en un templo y lo entregó al sacristán diciéndole: «para el altar de San Francisco de Asís». Y se fué.

Al pasar por delante de un café—vieja capilla del rito verlaineano—acordóse y entró. No había más que burgueses. Sentado en un rincón, pidió un vaso de ajeno. Pidió muchos vasos.

Hubiese querido llorar pero no podía... Estuvo largo rato, inmóvil, contemplándose en un espejo que había enfrente.

Después, sacó un lápiz, y escribió sobre el mármol de la mesa:

«Yo soy aquel que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la mañana.»

« Todo ansia, todo ardor, sensación pura
Y vigor natural; y sin falsía,

Y sin comedia y sin literatura . . .
Si hay un alma sincera, esa es la mía. »
.

«Tal fué mi intento, hacer del alma pura
Mía, una estrella, una fuente sonora,
Con el horror de la literatura
Y loco de crepúsculo y de aurora.

AURELIO DEL HEBRÓN.

De la Vida

El Suicidio

Para APOLO

La Vida en ocasiones es sólo un desaliento,
el alma destrozada de dolor tiene frío.
Se llega sin conciencia hasta hacer un sangriento
holocausto de ella, en honor del Vacío.

Lentas se marchitaron floridas ilusiones.
Perdimos la Esperanza, la Fe y el Ideal.
El Dolor ha mordido en nuestros corazones.
¡Es triste canto fúnebre la antes marcha triunfal!

La Vida es cual si fuéramos á desgarrar los velos
que ocultan una estatua; nuestras manos nerviosas,
vacilantes, la empujan y se estrella en los suelos;

nos invade la cólera y lloramos. Es tarde
¡Es cruelmente horrible, la verdad de las cosas!
¿El que vive es valiente? ¿Ó es acaso un cobarde?

FEDERICO R. MORCUENDE.

Madrid.

Julio Raúl Mendilaharsu



MY MUSE

Para APOLLO.

Mi musa no es tan solo la ardiente americana
Cuya sangre latina parece hija del sol;
Es sueño desprendido de leyenda germana,
Es un copo de nieve de un monte del Tirol.

Sus labios son claveles de jardín sevillano
Cuyos perfumes flotan sobre el Guadalquivir,
O sangrientos rubíes de algún país lejano
Deslumbrando en la corte lujosa de un Emir.

Se adunan en sus ojos la luz del corso cielo
Como brillante gema del alma de Platón,
Con una honda tristeza, fiel retrato del duelo
Que enluta muchas veces su tierno corazón.

Sus manos son palomas de alburas de plegarias
Que elévanse hacia el cielo cual notas de un maitín
Y que en amargas noches, en noches solitarias,
Me traen carcajadas de vírgenes del Rhin.

Su alma tiene el oro de las cimas andinas
Cuando la aurora posa sobre ella su esplendor,
Los secretos pesares de errantes golondrinas
Y la épica grandeza de un vuelo de condor.

Julio Raúl MENDILAHARSU.

Emerita Esparza

Una estrella de la Zarzuela

Para APOLO.

I

Sufre ante nuestra vista el teatro, una profunda transformación de la que apenas nos damos cuenta. De aquellos tiempos en que á los cómicos se les trataba como á perros, prohibiéndoles toda convivencia social con las demás carreras honradas mientras vivían, y ordenando que no se les enterrase en sagrado al morir, á estos tiempos en que se les conceden todos los honores y glorias, van ciertamente mundos de diferencia. Y «aquellos tiempos» no son épocas tan remotas, tan hundidas en el polvo de la historia, como parece. No hace veinte ó veinticinco años, Octavio Mirbeau, escritor á quien todos conocen por su espíritu radical y avanzadísimo, tenía, por no me acuerdo qué motivo, una cuestión personal con un actor de renombre. Mirbeau que es un caballero cumplidísimo, un bravo, un hombre que se ha desafiado varias veces, que no rehusa nunca comparecer en el campo llamado del honor, escribió un artículo violento, diciendo que él no se batía con un cómico porque los cómicos no son personas como los demás.

El autor del *Jardín des Supplices* y de *Les mauvais bergers*, defendía la siguiente tesis, en que al través de una prosa robusta y elocuente dejaba escapar una porción de preocupaciones y de atavismos inexplicables é inadmisibles: El cómico no es una persona como los demás, porque el cómico al pintarse y al disfrazarse pierde su *yo*, su ser propio y natural. Bajo la cara y el ropaje de un rey ó de un miserable bandido el actor pierde tanto ó más su personalidad cuanto más se identifica á su héroe. Y como cambia, como muda infinitamente, al ir á pedir explicaciones á Hernani os encontraréis con un Rocambole de la peor especie. Y todo eso por precio, para divertir al público, para ser el muñeco á la moda, el arlequín del pueblo como antes había el Bufón de los Reyes. Es imposible—concluía Mirbeau—que en medio de tan grandes y de tan continuadas metamorfosis se conserve un alma, un honor, un corazón, un hombre de bien y con derecho á dar ó pedir reparaciones.

Y lo peor de esta extravagancia del grande, del insigne Octave Mirbeau, es que encontró entre el público muchos que le hicieron caso, muchos que se adhirieron á su opinión, demostrando que pese á todos los progresos civilizados de nuestro tiempo, de un siglo de igualdad y de fraternidad, de un período histórico en que se promulgaron los Derechos del Hombre como nuevas Tablas de la Ley, subsisten injusticias y falsas ideas que parecían desarraigadas para siempre.

No; en la actualidad, en los tiempos que corren de la Historia, no puede haber y no hay seguramente, oficios nobles y oficios innobles. Todos son lo mismo, todos tienen derecho á la vida y á la honorabilidad, sin más que una condición: que cada uno se gane el pan con el sudor de su frente. El trabajo todo lo dignifica, todo lo purifica, y pretender ahora levantar barreras de casta ó de clase, es un imposible no sólo moral sino físico.

Por fortuna la práctica de la vida da un soberano mentís á todas las teorías incluso á aquellas que parecen mejor fundadas, cuanto más á las que carecen de toda base racional, de todo pretexto de existencia. Que más da que digan los libros y los papeles públicos y hasta las leyes lo que quieran, si luego en la realidad las profesiones se confunden en un hermoso abrazo de paz, concediéndose á cada uno el honor y la gloria según sus obras y no según su herencia, sus títulos, su sangre, su familia, su carrera? Una Sarah Bernhardt ó una Duse, un Coquelin ó un Mounet-Sully ó un Antoine, ocupan hoy la cúspide social y nadie se desdenna en tratarlos otorgándoles la consideración, la estima, la igualdad del derecho por el camino del triunfo. Es más, por regla general, están hoy más mimados los artistas, cuando son de verdadero mérito, que lo pueden estar los hombres insignes de cualquiera otra profesión. Para ellos, para los artistas, son el dinero, las flores, los laureles, los aplausos de la multitud entusiasmada. Y como si no hubiera ocasión en el drama real de la vida de sentir esas admiraciones y esas exaltaciones del favor popular, he ahí que se trasladan al drama fingido, al drama representado, allí donde la risa y el llanto, el padecer y hasta el morir son pura mentira, ficción y sólo ficción al través de la carátula de la comedia ó de la tragedia.

Alguna vez, y por caso excepcional, surge de improviso la barrera de las preocupaciones sociales para causar bruscos altos en la carrera desenfrenada de los triunfos. Por ejemplo, á la Sarah Bernhardt el gobierno francés no le concede la cruz de la Legión de Honor no obstante su celebridad mundial porque es cómica, y aguarda á otorgársela á título de profesora de declamación, lo que es algo así como la teoría *vivida* de Octave Mirbeau. Pero al fin, esas son cosas pasajeras, heridas epidérmicas y superficiales en el amor propio de los cómicos, rasguños y no lesiones, contrariedades que no les privan de delirantes y resonantes apoteosis en vida y en muerte. Todo ha cambiado hasta el pensar y sentir de los tímidos, de los pazguatos, de los hipócritas, y la mudanza es en provecho del que pierde con los afeites y los disfraces su personalidad. Tanto ha cambiado que nos encontramos ante un nuevo tirano del pueblo, ante una moderna majestad, ante un poder al lado del que todo se doblega. Al pobre actor de antaño ha sucedido el rey y el emperador de las tablas de hogaño. Se levanta fiero y altivo, en ocasiones omnipotente é intratable: S. M. el cómico...

II

Todas estas consideraciones y filosofías baratas, me las sugiere el triunfo incuestionable de la bellísima Emerita Alvarez Esparza, ó para decirlo *tout court*, como se la llama ya en lenguaje de bastidores y en el escenario de sus éxitos, la *Esparza*.

Emerita Esparza no se ha criado entre las caudilejas, rodando por las bambalinas, pidiendo que le diesen papelitos para ascender poco á poco en la ruta sembrada de rosas y también erizada de espinas del arte. Emerita Esparza es una señorita de buena familia, de exquisita y selecta educación, acostumbrada á la vida de las elegancias, á las comodidades del lujo y del confort, escribiendo bien, pensando mucho mejor, hablando varios idiomas, con unos modales de princesa y una distinción nativa de lo más superior que se puede imaginar. Ha ido al teatro no por la necesidad, sino por la vocación. Con lo que le den, aún dándole mucho en los coliseos en que actúe, no tendría ni para alfileres, ni para guantes, ni para zapatos.

La *vocación* de Emerita conocíase á la legua, por signos indubitables.

Todo Madrid, el Madrid de los estrenos y de las grandes representaciones, de las *soirées fashionables*, la ha visto durante tres ó cuatro años, desde que la vistieron de largo hasta el verano pasado—tendrá ahora escasamente veinte primaveras—en palco ó en butaca asistir con interés á cuanto pasaba en el escenario. No tenía ojos, y sus ojos son muy grandes y muy hermosos, más que para la función. Para ella era indiferente la sala, eran extraños los espectadores. Contribuían á adornar el espectáculo, eran los unos atractivos, los otros simpáticos, aquellos amigos, estos conocidos, pero todos en general dejaban impasible á la lindísima muchacha. Su imán, un imán que la atraía y fascinaba y dejaba absorta, era lo del fondo obscuro ó iluminado, pero siempre misterioso y sugestivo del escenario. Puesta de codos en la baranda del palco, sentada constantemente en la primera fila, seguía anhelante los gestos, las actitudes, la manera de andar y de bailar y de cantar de las actrices en particular y de los cómicos en general. Y no había una vez que no aplaudiese, aunque lo hiciesen medianamente ó mal. Era la maga indulgente y compasiva que comprende el esfuerzo del que trabaja para el público.

Se la veía de preferencia en Apolo, en la Zarzuela, en el Cómico, en Esclava, pero también se notaba su presencia (siendo noche de estreno) en el Real, en el Español, en la Comedia. Estaba en el teatro como puede estar una sacerdotisa en el templo. De sus labios, de sus ojos y luego de sus manos al aplaudir, emanaba un sempiterno culto al arte, la nube de incienso en sonrisas, miradas y palmadas para las heroínas y los héroes del tablado. Su frente blanca, pura y correcta, se oscurecía si por acaso ocurría algún desaguisado á los actores y á las actrices. Y cuando otra cosa no procuraba con sus aplausos contrarrestar la tormenta desencadenada por los morenos. Muchas veces la he sorprendido retirarse medio llorando al fondo del palco sin duda por considerar como desgracias propias los infortunios más ó menos merecidos de sus futuros compañeros de arte.

Un día, á principios del verano último, me dijo Alejandro Saint-Aubín que no dejase de ir aquella tarde á su estudio. Tiene Saint-Aubín un estudio de pintor que es además un salón, un salón en que se toca música selecta de los mejores autores y por los más expertos artistas, un salón en que se leen dramas de fuste, comedias inspiradas, juguetes del género chico, un salón en que se tira á las armas ó se conciertan duelos. ¡Cuántas y cuántas veces, pasó por allí un pedazo de la historia política de España!

Saint-Aubín no me dijo más que esto: «verás una artista nueva, una señorita que debutará en uno de nuestros mejores teatros en el mes de Septiembre». Y llegué aquella tarde al Estudio que estaba lleno de mujeres bonitas, en su mayoría modelos de pintor. Se sentó el maestro Tragó al piano. Tras de un bombo se advertía que andaban y removían cosas. Se apartó el bombo y apareció Emerita Esparza. Estaba hermosísima, deslumbradora y radiante de belleza. Vestía un traje corto, rico, riquísimo, de colorines, con una falda abombada por abajo. Y cubriendo su cabeza de pelo ensortijado, dejando en la sombra su admirable rostro, un sombrero grande, elegantísimo, con una pluma muy larga. El traje era el propio de las *chanteuses* y *disseuses* de los *music-halls* de lujo, de alto copete de todo el mundo. Pero con ser así, con no faltar un detalle de los que caracterizan á las *divettes*, había un no se qué en el conjunto que le daba un aire de pudor, de continencia honesta dentro de lo picaresco.

Emerita Esparza cantó en francés un *couplet* de mucho salero y de no escasa malicia. Pero lo cantó y lo dijo y lo subrayó con el gesto como si fuese

una ingenua, como si no entendiese las cosas fuertes que contaba y decía. Tiene el aire cándido y virginal de no haber roto en su vida cendal ninguno de la picardía. Me recordaba á la original y talentuda Ivette Guilbert cuando en *Folies Bérgere* soltaba enormidades con la sonrisa de una virgen mística. La diferencia estaba en que Ivette Guilbert siempre ha sido fea y Emerita Esparza es guapa, muy guapa.

Tiene Emerita el perfil, la nariz, la cara, de esas hebreas que hacen prorrumpir en gritos de admiración en Tanger, en Gibraltar y en el interior de Marruecos. Nada hay tan hermoso como una judía guapa, como una judía de esas que prometen cielos de ventura, paraísos de goce ó de perdición á los creyentes en Jehovah, en Alláh ó en Cristo. Así debió ser la *Luna Benamor* de la novela de Blasco Ibañez. Una judía por la que se condenarían todos los habitantes de la cristiandad. Y al que crea que hay sombra siquiera de cosa despectiva en hablar de judías y comparar una belleza con la belleza de la eterna Sara ó Rebeca ideales, hay que decirle que no entiende nada de mujeres, pues lo mismo en Fez que en Madrid, ó en París ó en Londres, se llevarán siempre la palma los tipos puros de la raza hebraica. Y Emerita Esparza es uno de esos tipos por todo el conjunto y detalles de su cara, por el pelo negro, por los ojos soñadores, por la blancura de su tez, por la nariz y la boca, por su figura entera.

En cuanto acabó de cantar el couplet francés é hizo una graciosa revelencia, desapareció tras el biombo. A los pocos instantes, fué un milagro de transformación rápida á lo Frégoli, volvió á surgir. Ahora era rubia, con una cabellera rubia postiza que le caía por los hombros. Y la falda no se detenía en las pantorrillas como antes sino que caía hasta muy cerca del lindo y breve pie. Era una *chochara* que cantó admirablemente, con mucha pasión y sentimiento y dulzura. Y á los pocos momentos se trocó en una sacerdotisa de no sé que culto entre pagano y cristiano, de una época indefinida, que tan pronto le daba aire de virgen bizantina como trascendía al amor helénico en medio del bosque de Delfos.

No nos habíamos cansado de aplaudir aquellos felices cambios de traje y de papel, cuando de pronto apareció como la Otero en sus buenos tiempos de triunfo universal, pidiendo guerra. Era la española clásica, la española cantada por Merimée ó por Teófilo Gautier, la española que ha llevado nuestro nombre triunfante por el mundo aún en las épocas de mayor abatimiento de la nacionalidad. Era la española que ha cantado y bailado á orillas del Neva, á orillas del Rhin, á orillas del Sena, junto al Támesis. Era la española que ha vuelto locos de alegría á públicos cosmopolitas, á públicos que sólo se imaginan á nuestras mujeres vistiendo á lo *Carmen*, amando y muriendo como en la ópera *Carmen*.

La pronosticamos como era natural mil triunfos en la escena. Y los consiguió. El 5 de Septiembre de 1908 hacía su *debut* en el teatro de la Zarzuela y ayer 21 de Junio se celebró su beneficio que fué un éxito colosal. En diez meses, en menos de un año, se ha metido al público en el bolsillo, se ha ganado un gran renombre, es popular, popularísima. Señal de su popularidad, señal infalible, es que su retrato en mil posturas y trajes corre por ahí en todas las tarjetas postales. Y ha creado tipos, personajes, ha salvado obras, ha hecho que éstas durasen centenares de noches en los carteles. Se presentó en *La contrata*, un apropósito para que luciera su figura, sus ropas, su lindo descote, sus hermosas desnudeces. Y ayer, en la función de beneficio, de las siete de la tarde á las doce y media de la noche, trabajó sin parar en cosas suyas, que ella

inventó y perfeccionó al *insu* de los autores. *El Flechazo*, *La Comisaría*, *La Tajadera*, *La Contrata*, otra vez *La Comisaría* y la revista *A. B. C.* Ha creado hasta trajes, como el de la marinerita de la aplaudida revista *A. B. C.* y que los creó, lo prueba que en el carnaval de este año había muchas máscaras vestidas á lo Esparza. No puede llegar más lejos el éxito de una mujer guapa, la boga de una artista. Acertamos en nuestros pronósticos. Saint-Aubin sin dedicarse á ello es un buen empresario...

III

El fenómeno para mí, digno de estudio y de alabanza, es el siguiente: se puede lograr un nombre en el teatro sin pasar por el camino de la galantería, de la corrupción. Aquella historia ó leyenda que hacía de las mujeres de teatro perdidas guapas y bien vestidas, candidatas al amor venal, sacerdotisas de Venus, rivales de Aspasia ó de Mesalina, acabó ó por lo menos está reducida á sus verdaderos límites. Hoy, una señorita puede pisar los escenarios y exhibirse en ellos y ganar el favor y aún el furor del público sin mancharse, sin impurificar sus alas. Y esta es una conquista positiva y honrosa del progreso y de la civilización.

Ya sé yo que hay teatros y teatros. Nuestras actrices de verso ó de prosa, las del género grande, las que trabajan en las tablas consagradas al arte serio, son casi todas, por punto general, con levisimas excepciones, cifra y compendio de la pureza y la honestidad. Se pueden casar y se casan en efecto como cualquier hija de familia guardada por sus padres ó encerrada en su claustro. El teatro no sólo no las contagia sino que al contrario las fortalece y tonifica en su virtud. Ejemplos hay y á montones en todos nuestros coliseos de Madrid y de provincias.

La dificultad estaba en hacer el experimento en otros teatros en los que la ligereza del género y de las prendas de vestir ó de desnudarse traía al parecer aparejada la ligereza también en las costumbres. Y no hay nada de eso, pues de la Palou á la Esparza para no mencionar otros ejemplos, se demuestra lo afirmado antes que la señorita permanece, vive, no degenera, no se falsifica en aventura. ¿Puede darse prueba mayor del grado de adelanto que alcanzan las costumbres teatrales en estos tiempos tan calumniados, en estos tiempos en que la sicalipsis, ese término bárbaro que disfrazaba tantas cosas inconfesables, parece que triunfa? Triunfa externamente, á los ojos del espectador. Pero internamente, en el alma, el teatro es en el día mucho más honrado de lo que era.

Y cuando la mujer, sobre todo en los países latinos, cuenta con tan escaso, tan reducido campo de acción, al punto de no tener otra salida que el matrimonio ó la galantería—excluyo la del convento por antinatural é inhumana—es un consuelo que halle en el teatro ocupación saludable y decorosa, libre desarrollo á sus facultades, á su talento. Eso de que no haya de rebajarse á vivir á costa de otro es un triunfo incomparable. Y los que sienten y piensan en *feminista*, los que aspiran á elevar á la mujer á la igualdad de derechos con el hombre—igualdad que podrá ó no ejercer, pero que no debe cerrarse á su destino—han de saludar con gritos de júbilo esta solución del teatro que hasta ahora era una solución casi imposible. ¡Hurra por Emerita Esparza, que es una artista de fama sin haber sacrificado ni su libertad física ni su libertad moral!

LUIS MOROTE.

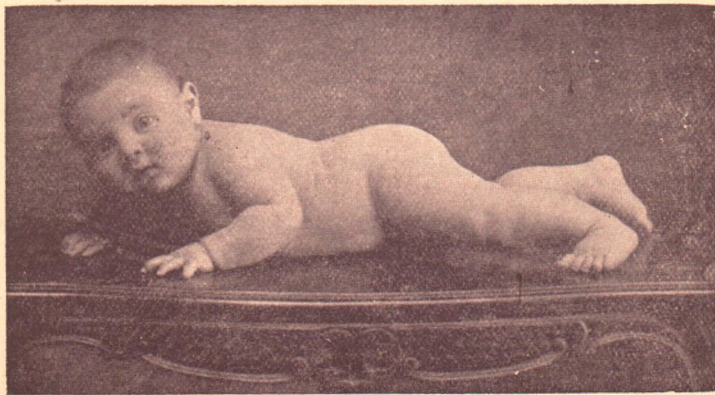
Página Infantil



Minerva Pérez Maggi



Nydita González del Solar



Joaquín Antonio López

Es cosa que se ve

Para APOLO.

¡ Siempre te conocería! ...

No me lo dijeran,
y lo adivinara...
Te gustan las flores... hablas con el *ico*
de allá, con el dulce *dejico* del habla:
¡ qué dulce!... ¡ más dulce!...
¡ tan dulce, nena, como si besaras!...
De seguro, nena, tienes en tu patio
macetas de alábegas...
Si rezas ¡ que rezas!
pondría de fijo, que es á la Fuensanta...
Por las mañanicas,
apuesto que cantas
como por la huerta la cavernerica,
al rayar el alba...
Y también suspiras, ¡ vaya que suspiras!...
tú tienes tu *murria*, tu tienes tus ansias...
¡ Ay, quién se pudiera volver pajarico!...
¿ no es cierto, zagala?...
¡ Tú eres murcianica
con *töa* tu álma!...
No me lo dijeran,
y lo adivinara!

VICENTE MEDINA.

TUS HELIOTROPOS

Cuando miré, nimbada de fulgores,
Toda tu faz ¡ oh, virgen de extraviada!
Al balcón en que estaba abstraída
Cabe unos tiestos de fragantes flores.
Mi alma subió... subió con mis dolores
Para besar la tuya adormecida,
Y, como un ave por el cierzo herida,
Lloró dentro de ti sus sinsabores.
Y, mientras yo me iba, viendo apena,
Las malvas de tu peplo, y la verbena
Que en tu boca odorante se consume;
Mi corazón rebelde todavía,
Sintió que le arrojaban su perfume
Los heliotropos que me diste un día.

PÉREZ Y CURIS.

Toda una Primavera

Para APOLO.

En el ambiente puramente comercial de una gran casa importadora de Rosario de Santa Fe; sobre un alto y macizo pupitre de caoba ante el que de pie, de siete de la mañana á ocho de la noche, se suman columnas infinitas de guarismos; junto á un colosal libro *mayor* de tapas negras y guarniciones de metal; en una tibia mañana del Octubre primavera de la América del Sud, se destaca delicada y tierna, fresca, recién cortada del tallo, blanca, purísima, una florecilla de azahar con una hojita verde-brillante de naranjo...

Aquella florecilla casta, la ha traído en su solapa el gerente, jefe del escritorio, y con un movimiento de cariño, aspirando su perfume y luego dejándola cuidadosamente, la ha colado, sobre el alto y rígido pupitre, en su puesto de trabajo...

Yo he dicho, aproximándome gratamente sorprendido:

—¡Azahar!... la flor de mi tierra! Y al acercarme, dándome su perfume nupcial de bellos días de juventud, parece que el azahar me ha contestado: Sí, soy yo!

¡Azahar!... Aquella hojita verde-brillante, aquella florecita de inmaculada blancura, aquel dulce, discreto aroma de amor, han sido mi mundo un instante y me han transportado á la ya lejana primavera de mi vida...

Mientras la flor emblema de pureza, tengo en mi mano y aspiro con deleite su perfume, aquel señor que baraja columnas infinitas de guarismos, aludiendo á ella, me dice melancólicamente:

—La cogí esta mañana muy tempranito en nuestro pequeño jardín... Aspirando su aroma, he tomado el mate en el patio de mi casa lleno de palmeras y helechos y de geranios y rosales en flor... mi chiquilina rubia como una espiga de oro, triscaba y reía á mi alrededor... los pájaros charlotteaban en la pompa de una acacia florida... unas palomas con su vuelo batían ruidosamente el aire... ¡Qué mañana más hermosa!... Aspirando este aroma del azahar, me parece estar todavía en el patio de mi casa, lleno de flores, oyendo las risotadas de mi chiquilina!...

Yo también en aquel instante, aspirando el dulce aroma, vivía toda una lejana primavera...

Era Abril... era Sábado Santo... era la noche primavera de las enramadas...

Yo tenía entonces mis cabellos negros y espesos, me atusaba al espe-

jo con frecuencia mi naciente bigote, leía libros de viajes y de versos...

Entonces era la primavera de mi amor... Yo había estado en la casa de aquella niña del vestidito azul... yo le había dicho «Buenos días» y se le había puesto el rostro encendido como una rosa alejandrina... El domingo yo iba á la misma misa que ella, siguiéndola á corta distancia, y yo sentía una delicada emoción al tocar con mis dedos aquella misma agua bendita que, breves, como ala de golondrina, rozaban los suyos...

Recuerdo que la gente dudaba de nuestra devoción al ver que durante toda la misa nos mirábamos; pero nunca como entonces he sentido en mi espíritu una tan pura unción religiosa, ni jamás vieron mis ojos rostro estático como el suyo, cuando embelesada, con sus ojos en el altar, presentía que yo la estaba mirando...

Yo conservo en mi espíritu, desde entonces, un delicado, místico perfume de incienso quemado al alzar á Dios, de cera ardiendo en los altares, de ramos de frescas azucenas llevados al San Antonio humilde de aquella capillita blanca por niñas que le rezaban fervientes con labios que temblaban de amor... Yo conservo de aquellos días una visión poética de procesiones en la aldea, de aquellas velas rizadas, luciendo en lindos farolitos de papel que parecían flores, de aquellos coros de voces angelicales que en una hermosa mañana de Mayo paseaban la Virgen por los campos floridos... Aquella Virgen que más de unos ojos de mancebo miraron en un despunte de amor, viendo en el rostro divino de huertana la cara bella de alguna niña de la aldea...

Era la primavera de vida... En un álamo joven de aquella senda de la orilla del río, yo había grabado unas cifras imborrables... La gente de la aldea llevaba un poema de boca en boca: «¡Se quieren!»... Era yo... era ella!...

Un domingo por la tarde yo la había seguido: ella iba con sus amigas; iban á un huerto... Allí, en un paraíso de naranjos en flor y de palmeras y rosales, pude acercarme y cambiar con ella algunas palabras... Estaba emocionada... yo también... En su pecho, sobre aquel pañolito de crespón, llevaba prendido un pomo de azahar... Yo le di un ramo de rosas y ella me dió aquel pomito de azahar... ¡temblaban sus dedos!...

Y luego fué Semana Santa: ella, de negro, iba en la procesión de Vier-

nes Santo por la noche... bajo su mantilla negra de encaje, resaltaba su rostro pálido moreno... Y la Virgen, en su trono, llevaba también un manto de terciopelo negro:

Al día siguiente fué aquel Sábado Santo, Sábado de Gloria...

Era la noche de las enramadas: los novios ponían flores á la reja y echaban músicas...

Yo hice en su ventana un altar con toda la malvarrosa y los azahares de un huerto... ¡yo hice aquella noche, para ella, mis primeros versos!... Al

apuntar la aurora de aquel domingo de Pascua de Resurrección, yo nacía poeta!...

Oh! Este aroma del azahar que parece una vocecita dulce de la lejana patria, cómo recita en mi espíritu el poema de mi juventud!...

¡Esta florecilla humilde ha traído al otoñal paisaje de mi alma toda una perfumada primavera!...

VICENTE MEDINA.

Rosario de Santa Fe.

Penumbbras

Para APOLO.

Languidece la luz y en un desmayo de voluptuosidad tibia y cobarde, sobre la faz dormida de la tarde, deja morir el sol su último rayo.

¡Qué lúgubre es la sombra cuando empieza á descender, furtiva, desde el cielo! Los sauces inclinados sobre el suelo, parece que sollozan de tristeza!

Todo es silencio. Apenas si un murmullo acaricia el ambiente adormecido; apenas si trasciende de algún nido la dulcísima queja de un arrullo...

El fulgor tenue de la luz oscila; todo en la sombra se recoge en calma; en el fondo del ser se agita el alma, y perece la luz en la pupila.

La vaga voz del infinito hiere la mente audaz, cuando la noche empieza, y en el silencio místico hay tristeza como en una esperanza que se muere...

Cuando la tarde sus pupilas cierra y en su lecho de sombras se adormece y el perfumado ambiente languidece sobre el tibio regazo de la tierra,

Se postra el hombre y siente; queda rota al conjuro de mágico misterio, la sombra del humano cautiverio y el alma surge hacia el espacio y flota.

Con rumbo al Ideal sigue atrevida camino de una Gloria vislumbrada, y atraviesa la noche de la nada, como una mensajera de la Vida...

Sublime en su locura se dilata queriendo hallar la codiciada senda, mas cae sobre sus ojos una venda, que en sus pupilas las visiones mata.

Cruza el espacio como un ave errante con la sed de Verdad que la provoca, mas pierde el rumbo en su carrera loca cual si estuviese ciega y delirante.

Se empeña en vana lucha, de tal suerte, que al fin desmaya, la razón perdida, y gime en el ocaso de la vida, frente al misterio eterno de la muerte.

Y como en vano en vislumbrar se empeña, lo que la humana concepción no alcanza, á la sombra ideal de la esperanza, se recoge medrosa, duerme y sueña...

JOSÉ VIAÑA.

Ananké

Para APOLO.

Tu vestido de novia ha de ser el sudario
Del amor que hasta ahora nos unió en el precario
E impalpable prodigio de la felicidad,
En tu noche de bodas, en tu pecho de nieve
Morirán los recuerdos de un amor que, aunque breve
Supo ser infinito como la eternidad.

Yo no sé si eres mala, pero sé que eres bella ;
Que no puedo olvidarte ; aunque pese á mi estrella ;
Que te amé con locura ; pero que hoy te amo más ;
Y me asalta, traidora, la obsesión del recuerdo
Más tenaz y punzante, porque sé que te pierdo
Y comprendo que nunca hacía mi tornarás.

¿ Es capricho, es locura, es romántico ensueño,
Es deseo insaciable de tener nuevo dueño
Que te obliga á alejarte de manera tan cruel ?
¿ No recuerdas que en noches de nerviosa impericia
Yo busqué muchos méritos á tu amante caricia
Para hacerla más digna de un futuro laurel ?

Ah ! la antigua bonanza de las horas ya idas !
Y los largos paseos entre las avenidas !
Y las bellas promesas que arranqué á tu ilusión !
Y tu apresuramiento por mesar mi melena
Con tu mano tan blanca, con tu mano tan buena !
Y mis versos brotando sobre tu corazón !

Todo olvidas ; no tienes un recuerdo siquiera
Para el grato pasado que aduló tu quimera
Y que en tus ilusiones prodigó su merced ;
Mientras que reproducen antiguos desengaños
Las heridas que se abren en mis diez y ocho años
Como bocas ansiosas que están muertas de sed.

Yo deploro perderte no tan solo porque eres
La más bella y amante entre tantas mujeres
En que mi alma voluble entretuvo su amor ;
Sino porque presiento tu desgracia futura
Y lo mal comprendida que ha de ser tu ternura
Y lo mal comprendido que ha de ser tu dolor.

Y tu cuerpo que es gloria del elogio pagano
Sufrirá la insufrible violación de una mano
Inexperta que mueve un deseo vulgar ;
Y verás que te asedian gracias empalagosas
Unas piernas convexas, unas manos callosas
Y unos labios tan torpes que no saben besar.

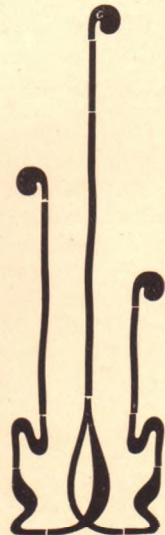
¿ No prefieres mi rubia y sedosa melena,
La pureza que radia de mi frente serena,
La ansiedad temblorosa de mis labios en flor,
A los duros cabellos, á la frente asoleada,
A la boca sin vida, que parece cansada
Del que ; tú lo consientes ! me ha quitado tu amor ?

En las tardes de estío, cuando el tedio combata
Lentamente tu alma ; cuando el sol escarlata
Martirice al crepúsculo con su rojo triunfal
¿ No tendrás un recuerdo para mí que he cantado
En la lira de tu alma ? ¿ para mí que he rimado
Las más bellas estrofas de tu amor inicial ?

¿ Es preciso ! te olvido ; metafísicamente
Se apodera un gran frío del dolor de mi frente !
¿ Es el último frío de la resignación
Voy á abrir una fosa ; le pondré secas flores
Como símbolo exacto de perdidos amores
Y que guarde esa fosa mi postrera ilusión.

LORENZO VICENS THIEVENT.

Junio, 1909



Las Brujas de las Aguas

En la espesura del pinar oyóse rumor de aleteos: un pájaro gorjeó tímidamente. Amanecía. La luz primera, cruda y blanca, acarició las cumbres, aún con alburas de nieve. Luego, el sol arrancó de soslayo carmíneos reflejos á los retamares florecidos; corrió en amplia pincelada de oro sobre el verdor austero de los pinos, por torrenteras y canchales; apagó su fuego en las frescas aguas de los regatos reidores.

Con el día despertaban los hatos. Perdidas en el silencio de la montaña oíanse lejanas voces de zagales y cabreros; de vez en vez alguna esquila sonaba, perezosa y distante. El sutil airecillo serrano envolvía en su frescura fuertes olores de resinas y retamas, fragancias bravías de tomillos y cantuesos.

Anunciábase la jornada, dura y fatigosa; la tibieza del ambiente á tales horas era nuncio de un mediodía caluroso. Yo caminaba á suerte y ventura por las fragosidades de la serranía, siguiendo los ondulantes senderos, las trochas apenas trilladas por el paso de cabras y pastores.

Era un deleite trepar por la roqueda, hundir en la yerba menuda de los pastizales los pies doloridos en las asperezas de agria pedriza, calmar la sed y la fatiga á la sombra de alguna peña cubierta de verdosos líquenes, bebiendo de bruces el agua clara y pura, nieve deshecha que borbotea humilde.

En la sierra existen manantiales de diablos y fuentes de brujas, encantadores parajes sobre los que aun pesan las maldicio-

nes demoníacas, rastro doloroso de la Edad Media.

Reclus, en *El Arroyo*, libro admirable que tiene el frescor, la transparencia y la armonía de las aguas que corren, habla de esas temidas fuentes, abandonadas por la superstición campesina.

Muchas veces he leído sus páginas junto al torrente de la montaña, en los manantiales del valle, al borde mismo de esos lagos de profundidades azules, cárcel maldita de brujas y de trasgos para los hombres tristes de los siglos medios, alcázares cristalinios de náyades y ninfas para los hombres alegres de la riente Grecia. Leyéndolas he deplorado con Reclus que el catolicismo supersticioso, con temores de infierno, viera muecas de diablos en las aguas y en las fuentes donde los gentiles advirtieran sonrisas de dioses.

Fatigado y sudoroso llegué á laguna, que entre graníticas rocas remansa sus aguas puras cercana de la cumbre. Sentía el apresurado latir de las sienes; me tumbé en la orilla; un instante vi temblequear, tras el vaho de la tierra caldeada, la azul lejanía del paisaje. Allá en la altura dos águilas revolaban majestuosas, serenas.

Dos cabreros se acercaron, curiosos de mi presencia. El más viejo llevaba, en su curtido rostro, impresas las huellas de muchos soles y de muchos hielos; el zagal hacía calceta y fijaba en mí la indiferencia estúpida de sus ojos grises.

El viejo me relataba con voz cancina la historia de la laguna.

«El era de Rascafria, y jamás

salió de aquellos contornos. Conoció inviernos de fríos y de lobos. La laguna era muy perra. Mugía como un demonio maldito. De ella hablaban esos tormentazos, castigo de los montecillos del valle. Nunca viera á persona humana bañarse en sus aguas. Diz que arrojaban fuera los redaños del atrevido.»

Yo miré la superficie, tranquila, tersa.

Por dejadez y abandono de la voluntad, por enfermizo movimiento del alma, acaricié un instante, ensoñador y poeta, el encanto supersticioso del lago profundo. Miré á los cabreros. Asomaba á sus ojos claros el temor ignorante y pueril de sus petrificados espíritus.

Más tarde sentí un cosquilleo de vida, una protesta de la razón fuerte, armónica y pagana, contra las sombras medioevales del espíritu católico y legendario.

Parecióme que el ramaje de los pinos y las oquedades de la sierra aun guardaban los ecos de la franca risa, seis veces cen-

tenaria, con que el regocijado arcipreste celebrara sus picarescas aventuras con vaqueras y pastoras de Lozoya y Ríofrío. Creí escuchar el ritmo viejo de aquellas sus cánticas de serrana, en que, epicúreo, palpita y late el goce de vivir, donosa burla de la bucólica falsa y fría de los cancioneros.

Presuroso me despojé de las ropas, y de cabeza me arrojé al agua. Con fuerte empuje de pies y brazos torné á la superficie. Nadé con brío.

Los pastores habíanse alejado, con temor supersticioso. Yo oía los silbidos y las voces con que procuraban atraerse sus ganados, el sonar de las esquilas cada vez más dulce y más distante.

Roto el encanto de la leyenda, mi torso desnudo, estremecido por la helada caricia de las ondas, brilló al sol y sintió su ardorosa caricia de fuego.

Y sano, vigoroso, gusté la dicha de hender el cristal de aquellas aguas, alegría de la tierra, espejo del cielo.

ENRIQUE DE MESA.

Rara avis in terris

A Pérez y Curis.

Triste es la vida cuando el alma inmensa
Busca y no halla su idéntico símil
Y aunque ternura sin cesar destile
Nadie á su duelo protección dispensa...

Y pasan... pasan en letal desfile
Las ilusiones que el cerebro piensa,
Y es para esa alma, el Universo, prensa
Donde se oprime, aunque de amor titile.

Esa es mi alma, que al cóndor se parece,
Que prisionero nace sobre el llano
Y solitario, triste y mustio crece;

Entre la jaula siempre es todo en vano,
Porque al sentir que es otro su elemento;
¡Bate sus alas y no encuentra el viento!

B. SILVA SERRANO.

Ruego

Para APOLO.

Una palabra sola, una palabra
de tu divina boca cruel y muda,
que deshaga la sombra de la duda
y el paraíso del amor me abra.

Una palabra tuya, dulce y blanda,
que levante mi espíritu cansado,
que sea para mí, como un ansiado
«¡Lázaro, sale de la tumba y anda!»

Una palabra tuya como un sorbo
al peregrino vacilante y torvo
cuya boca de sed se enciende y arde;

una palabra de las bendecidas,
antes que sangre el sol por sus heridas
en las postreras nubes de la tarde.

ALBERTO LASPLACES.

La Mesa del Suicidio

Para APOLO.

Cuando próximamente á las doce de la noche los teatros cerraban sus puertas, una gran cantidad de jóvenes se reunían en el café de Xenofonte, y esperaban la hora en que la mesa del bacarat estuviera bien completa.

Los transeúntes, pocos ya, tomaban los tranvías, cuyos metálicos campanazos se oían claramente en medio del silencio nocturno.

Así que la ciudad estaba desierta y la orquesta del café se retiraba, aquella comandita se dirigía á « L'aiglon », una casa de juego situada en las inmediaciones de Palermo, y uno tras otro subían por la larga escalera de madera, alumbrada pésimamente por un pequeño mechero de gas, y la cual daba acceso al primer piso.

Alfredo Peters, era de los más concurrentes.

Entró; miró las diferentes salas, donde todos estaban con los ojos fijos sobre las fichas, como buitres que han de lanzarse sobre su presa; dió algunas vueltas por el hall, donde ciertos individuos completamente despojados de sus pesos, con los rostros sanguinolentos meditaban algún desquite, y esperó.

Cien pesos tenía esa noche en el bolsillo, y esos cien pesos, eran el resto de una fortuna grandiosa, heredada de su padre, que había sido dejada en hipódromos y ruletas, desde Monte-Carlo al Plata.

Jugó en la primera mesa de la derecha y perdió la mitad de la suma que tenía.

Volvió al patio, dió algunas vueltas, y se introdujo en la sala de lectura donde permaneció algunos momentos.

— Estoy perdido, se dijo para sí. Los pocos papeles que me restan en mi cartera son los despojos de mi fortuna. He vivido para el juego. Jamás he trabajado y no sé hacer absolutamente nada. Solo en el mundo y pobre, ya nadie se acordará de mí, y ninguno de aquellos á quienes he ayudado retribuirá en la actualidad mis servicios.

— No hay más que una salvación, pensó; ganar esta noche con los pocos pesos que me quedan, ó abocarme el revólver en la sien derecha. Lo que tengo no me alcanza para pagar el hotel.

Abrumado en estas conjeturas, se internó en la sala negra, una sala con todo el aspecto de capilla ardiente, alumbrada por dos lámparas alemanas, que producían la claridad sobre la verde mesa.

Aquella era la sala donde habían ido á dejar sus últimos pesos y sus últimos momentos de vida, multitud de individuos, ayer poseedores de grandes bienes. Adornaba la estancia una colección de cuadros simétricamente colocados, cada uno de los cuales contenía una pequeña y rara chapilla de bronce, con una explicación verdaderamente sugestiva. Todos los retratos, buenas ampliaciones que encerraban aquellos marcos eran de gente joven.

Alfredo leyó uno por uno los rótulos: « Juan Rox, † 7 de enero; en la Sala Negra. En el año 80 era millonario ». « Roberto Sansón † 10 mayo, en la Sala Negra; fué poseedor de cuantiosos bienes »

« Antón Arte, † en la Sala Negra, á la muerte de su padre heredó medio millón de pesos, etc.

Después se dió vuelta.

— Cinco fichas de á diez; dijo, y entregó en pago un billete de de cincuenta pesos.

Al poco rato había perdido todo. Miró nuevamente la galería y pensó:

— Mañana mi retrato ocupará el undécimo lugar, así pues, toda la pared del frente quedará completa...

El banquero seguía en su puesto.

- ¡Doscientos pesos, á tal carta! gritó Alfredo Rojo de cólera. Se colocó la ficha en favor del naípe pedido.

Perdió. Se le exigió el dinero jugado en descubierto. Muy caro lo pagó. Salió al patio y sobre el corazón descargó su revólver...

El juego le había hecho tasar la vida en doscientos pesos...

HORACIO O. ARAÚJO VILLAGRÁN.

Andalucía

Para APOLO.

Han cruzado en bandadas, raudos y atronadores,
Mis vecinos del bosque de añosos robledales,
Y, al hacerlos viajeros por rutas ideales,
He pensado en el bello país de mis mayores;

En la tierra que veo, toda luz, toda flores,
Tras estas insistencias de nostálgicos males,
Con sus tardes serenas, bajo alegres parrales
Y sus noches plateadas de parrandas y amores...

¡ Ah, mis buenos amigos, que pasaréis mañana
Otra vez frente al marco de mi vieja ventana:
Quién pudiera el espacio con vosotros cruzar!

Que allá, en un rinconeito de ese suelo lejano,
Hace señas inútiles una pequeña mano,
Y dos ojos no cesan de interrogar al mar...

E. SÁNCHEZ ARANDA.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

RUFINITO, por *F. García Godoy*.—*Santo Domingo, (Antillas)*.—Con grato placer hemos leído este último libro del brillante escritor dominicano, donde ha afirmado una vez más el alto valor de su inimitable estilo, la serenidad luminosa de su bien pensar y el elegante ritmo de su decir amable. Este libro significa un nuevo blasón para el escudo de las letras americanas. Un diamante más, para engarzarlo en la diadema de la virgen literatura india. He ahí que, un pasado de armas, un episodio de guerra, un gesto de soberbia rebelión, una mancha de sangre, cristalizada sobre una hoja de laurel, dignos de las letras de oro, graves y pesadas, de un volumen de Historia, ha servido á García Godoy para ela-



F. García Godoy

borar en su gabinete de estudio, un libro que, al par de ser una biblia patriótica para las futuras generaciones dominicanas, es una obra de magnífica y serena construcción literaria, para frutivo deleite de los espíritus que saben comprender cuanto vale un talento positivo y el fino adiestramiento de una pluma noble

que conoce toda la gloria de una página impecable!

Lamentando no disponer de más espacio para ocuparnos como merece la obra, sólo nos resta agradecer su amable dedicatoria y enviarle un fuerte apretón de manos que lleve la misión de significar nuestra admiración y afecto.

LOS FRAGMENTARIOS, por *Pedro Sonderéguer*.—*Buenos Aires*.—Este distinguido literato, radicado actualmente en la capital vecina, nos ha enviado con toda gentileza su último libro *Los Fragmentarios*, lujosamente editado por la importante revista *Nosotros*.

Es un libro que tiene el don (raro en estos tiempos) de hacer sentir y pensar hondo.—Sonderéguer, con amplitud de conocimientos, con serenidad de criterio y sobre todo con una magnificencia de estilo que le ha consagrado como escritor de fuste, ha estudiado y analizado las personalidades de raros maestros de la más elevada filosofía: La Bruyère, Pascal, La Rochefoucauld y otros, figuras que el polvo de los años y del olvido ha cubierto para la mayoría de la juventud que no gusta abreviar en esas fuentes; y es de admiración y regocijo cuando un hombre muy joven, ávido de sabiduría pronunciando un gesto audaz de rebelión, nos los presenta luminosamente en páginas perfectas, que pueden bien ser un breviario para las almas de los exquisitos.—El estudio sobre *De Vinci*, capítulo admirable por su estructura artística, y por lo elevado de sus conceptos, podría adaptarse como un broche de oro, que cerrara la obra de maravilla, que con motivo al genio escribiera Merejkowski.

Termina el libro con una definición psicológica acerca de los fragmentarios, revelándose en ese estudio un espíritu superior, capaz de vivir la vida inmortal del pensamiento y hacer de cada idea y de cada palabra un apostolado de sus convicciones!

AÑORANZAS LÍRICAS, por *Lisimaco Chavarría*.—*San José de Costa Rica*.—Este poeta, ya conocido en nuestro ambiente literario, nos ha enviado su último libro, *Añoranzas líricas*, nueva ofrenda valiosa que depone en aras del Arte. Su contenido, un poema eglógico, escrito con sencillez y dulzura, denota á Chavarría un alma capaz de auscultar sabiamente el corazón de la naturaleza y comprender y admirar la infinita grandeza de todas las cosas.

Es un poema de añoranzas, donde

fluye espontáneamente la sinceridad y donde surge el amor ungido de una suave melancolía que evoca religiosamente las tranquilas tardes que se fueron!

Agradeciendo el envío, felicitamos á Chavarria por su nuevo triunfo, quedando á la espera de su próximo libro *Ritmos de mi flauta*, que será otra vez para nosotros, motivo de regocijo y admiración!

OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

PUEBLO ENFERMO, por A. Arguedas.—*Barcelona*.—Como una nota alta y vibrante, entre las delicadas armonías con que nos deleitan nuestros escritores de América, hemos sentido leyendo este bello libro, con el cual su autor contribuye eficazmente, aportando estudios meditadosísimos, á la psicología de los pueblos hispano-

americanos. El malestar que reina en su país (Bolivia), Arguedas lo atribuye á muchas causas. Y no es la primera, precisamente, la posición geográfica de aquél, la que más le preocupa. El ha observado largamente á los distintos tipos bolivianos, ha estudiado sus costumbres y conoce íntimamente su carácter y sus inclinaciones. Por eso, en *Pueblo enfermo*, si bien es cierto que muchas de sus manifestaciones no deben extenderse, pues no se adaptan, á los demás países americanos, son muy dignos de encomio los bosquejos psico-sociológicos que nos ofrece, empleando como modelos á los tipos representativos de las distintas regiones de su país. *Pueblo enfermo*, como obra de pensamiento y de hondos estudios, es de admirarse profundamente.

PEREZ Y CURIS.

Nuevos libros recibidos

COMO LAS NUBES, por Julio Raúl Mendilaharsu, (Madrid); EN LA CARRERA (novela), por Felipe Trigo, (Madrid); MÚSICAS DEL TORRENTE, por Ricardo de los Ríos (Caracas); PALPITACIONES DE VIDA, por F. Santiván, (Santiago de Chile); FLORACIÓN (Del amor y del pudor), por Rafael López de Haro (Ma-

drid); MADRIGALES, por Jacobo M. Marín-Baldo (Madrid); PIEDRAS FALSAS, por Juan Pablo Lavagnini, (Montevideo).

En nuestro próximo número nos ocuparemos de las obras arriba nombradas. En tanto agradecemos el envío.

Nuevo canje

ADELANTE. — *Montevideo*.—Acusamos recibo del número 4 de este periódico, que publica un grupo de ácratas entusiastas. Sus materiales son excelentes. ¡Adelante, colega, y firme en el combate!

GÉNESIS.—*Portamar (Venezuela)*. — El primer número de esta pequeña, revista de literatura ha llegado á nuestra redacción. *Génesis* es dirigida por el señor Rivero Navarro.

PSIQUIS.—*Valencia (Venezuela)*. — Trae un hermoso sumario el número 3 de esta interesante revista de lite-

ratura y arte. En él figuran las firmas de Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Henry de Regnier y otros literatos de fama.

DIANA.—*Cádiz*. — Revista universal ilustrada que dirige el escritor Eduardo de Ory. Hemos recibido el número 1 que viene ornado de valiosas colaboraciones de escritores de España y América, ya consagrados en el mundo intelectual. Nuestro secretario de redacción ha sido nombrado su redactor-corresponsal en esta república.

Breviario Epistolar

Señor don Luis Morote

Madrid.

Mi querido amigo: Muchas gracias por el artículo que tan amablemente me ha enviado para orgullo de APOLO.

Obsequiando sus deseos, manifestados en su carta del 22 de Junio, remitiré á Vd. puntualmente los números de mi revista.

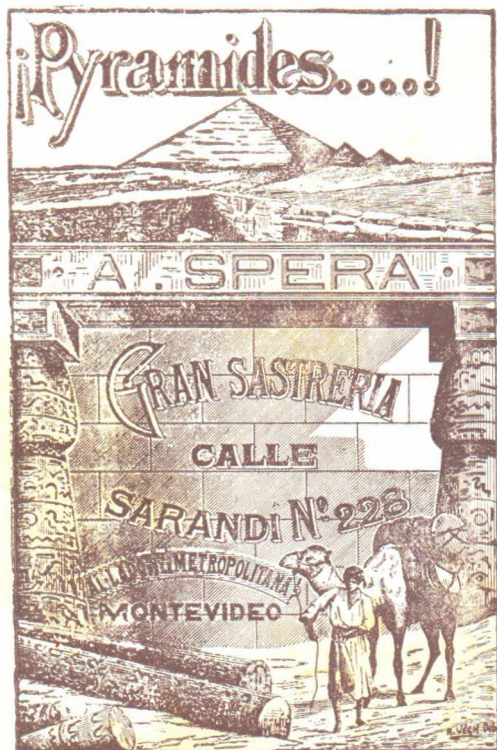
Muy suyo

PÉREZ Y CURIS.

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandí números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de \$ 10.00	á \$ 22.00	
Jacquet	» » 22.00	» » 28.00	forro de seda
Smoking	» » 18.00	» » 28.00	» » »
Levita	» » 30.00	» » 40.00	» » »
Frac	» » 30.00	» » 40.00	» » »
Sobretodos	» » 12.00	» » 22.00	» » »
Pantalones	» » 2.00	» » 7.00	
Chalecos fantasía	» » 1.00	» » 5.00	

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

LIBRERÍA Y PAPELERÍA DE LA FACULTAD

DE
MAXIMINO GARCIA

Obras de fondo para profesionales; Matemáticas, Derecho, Ingeniería, Medicina, Jurisprudencia, Filosofía, Literatura, Historia y Arte

✦ ✦ TEXTOS ESCOLARES Y UNIVERSITARIOS ✦ ✦

- - - Suscripción a diarios y revistas extranjeras - - -

Trabajos de tipografía, litografía, encuadernación y sellos de goma
GRAN VARIEDAD EN POSTALES

ÚTILES DE ESCRITORIO Y PAPELERÍA

23 de Mayo 134, entre Colón y Solís

Si es usted forastero y no conoce la ciudad, no tiene que preguntar nada a nadie, todo se lo explicará : : : LA GUIA : : : :

QVO VADIS?

Ferrocarriles, Vapores, *Tranvías*, Mensajerías, etc. — *Plano completo, nomenclator y descripción de la ciudad*

Montevideo en el bolsillo

- - - ÚNICA EN SU GÉNERO - - -

APOLO

- Revista de Arte y Sociología -

Única de su índole

en el Uruguay

\$ 0.15 EL EJEMPLAR

Administración: Cerrito, 375



APOLO



REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica \$ 0.15 oro
» de lujo » 0.20 »



Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria a PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —